LA CALUMNIA,

Ó SEA

LA MADRE INCÓGNITA.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

ORIGINAL,

POR DON FRANCISCO ALTÉS Y GURENA.



VALENCIA:

IMPRENTA DE JOSÉ GIMENO. 1824.

Véndese en su librería, frente al Miguelete, junto con otras diferentes antiguas y modernas.

ACTORES.

Alberto, Marqués de Erneville.
Paulina, su esposa.
La Condesa de Rosmond.
El Caballero Sanmeran.
Leocadia, muchacha de 13 años.
Mauricio, jóven de 17 años.
Mr. d'Orgeval.
El Caballero Celtas.
Lemere, criado antiguo del Marqués.
Lefrance, criado antiguo del mismo.

La escena es fija.

ACTO PRIMERO.

Representa el teatro un salon con cuatro puertas laterales, y una en el foro: buenas sillas, mesa con escribanía, libros sobre ella, y á la derecha una ventana, por la que pueda asomarse una persona.

ESCENA PRIMERA.

Lefrance y el caballero Sanmeran, aquel con librea, y este con botas y vestido de viage.

Lefr. Seguidme, pero sin ruido; con estas malditas botas no se puede hacer ninguna expedicion secreta.

Cab. Y bien, que nos oigan, qué importa? ya estoy enteramente determinado á hablar al señor Marqués.

Lefr. Con el señor Marqués! pues qué, intentariais acaso descubrir... Por Dios, señor, vos sabeis que os he servido bien; no hagais que pierda mi reputacion, presentándome desleal y delincuente. (*Algo turbado.*)

Cab. Lefrance, agradezco tus buenos servicios, y sabré recompensarlos como debo; solo exijo de tí silencio y discrecion, advirtiéndote que con esto harás un señalado servicio á tus amos y á mi.

Lefr. No creo que podais quejaros de mi

conducta en todo el tiempo que merezco vuestra confianza. Señor, mi corazon está oprimido, no soy capaz de desconfiar de vos; pero la reunion de mis queridos amos tarda tanto á verificarse... hay tanto tiempo que los veo padecer sin que reciban el mas ligero alivio!...

Cab. Llegará, no lo dudes, llegará este deseado tiempo en que la calumnia perderá su despótico imperio, y quedará ajada y abatida á los pies de la verdad. Yo no me separaré del Castillo, sin que haya restablecido en él la felicidad de todos sus individuos. Quién es este que se adelanta?

Lefr. Mauricio, el hijo mayor del Marqués de Erneville: este ha quedado siempre al lado de su padre, desde que por la cruel separacion, la Baronesa de Vordac se domicilió en Erneville, y la Marquesa pasó á habitar con ella.

Cab. Introdúceme, y disimula.

ESCENA II.

Dichos, y Mauricio que sale de una de las puertas de la izquierda.

Lefr. Señorito, este caballero estaba pidiendo solícito por el señor Marqués, y no he tenido reparo en introducirlo hasta aquí.

Cab. Sois pariente del señor Marqués? *Quitándose el sombrero con disimulo.*

Maur. Hijo suyo, para serviros.

Cab. Hijo suyo! Abrazadme y reconoced en mi al Caballero de Sanmeran, que en este mismo instante acaba de llegar de París.

Maur. Celebro mucho conocer al mas apreciable amigo de mi padre; pero, ah señor mio! en qué fatal situacion le encontrareis ahora!

Cab. Pues qué, no goza de perfecta salud?

Maur. Si señor, pero se halla oprimido de una terrible melancolía, que nos hace formar muy tristes conjeturas. Envano Mr. d'Orgeval y el Caballero de Celtas procuran distraerle por medio de mil diversiones; pero ya ni la música, ni la caza tienen para él atractivo alguno: retirado en su aposento, desconfiando de todo el mundo, las lágrimas son su alimento, y la lectura su preferida distraccion.

Cab. Con bastante sentimiento supe desde la isla de Santo Domingo, que vuestro Padre habia llegado al horrible extremo de separarse de su querida Paulina, de aquella hermosa y apreciable muger que parecia haber sido formada para la felicidad de Erneville; pero conociendo el perfecto amor que la profesaba, no dudé que algun execrable delito habia dado causa á tan escandalosa publicidad.

Maur. Ah señor Marqués! si vos conoceis á fondo, como presumo, el corazon de mi querida madre, cómo podeis sospechar que haya albergado un solo instante ideas indignas del decoro de su esposo, y contrarias á las máximas del amor conyugal, que ha sido siempre su primera virtud? pero dejemos ahora este discurso que de nada aprovecharia. Quereis descansar un rato? trae para el señor un vasito de vino. El calor es excesivo, y se hallará debilitado por la fatiga del viage.

Cab. No, no os incomodeis, amigos mios; aprecio vuestra atencion.

Lefr. Que fino y disimulado! cada dia voy entrando en nueva confusion. (*Aparte, y vase por el foro*.)

Cab. Creed, querido mio, que no perdonaré medio para restablecer en el corazon de Mr. Erneville aquella alegría y jovialidad, que le hacian amable en las mas brillantes sociedades.

Maur. Sino me engaño, él se adelanta como acostumbra todas las mañanas á tomar el aire de la montaña en este salon el mas despejado del castillo. Bien su tristeza se conoce en su semblante. Disimulad.

Cab. Pobre amigo mio! cuanto le compadezco!

ESCENA III.

El Caballero, Mauricio y el Marqués (1).

Marq. Ah! tu eres, Mauricio? (2)

Maur. Si, padre mio, mandad (3).

Marq. Han salido Celtas y d'Orgeval?

Maur. Dos horas hace que están cazando por el monte.

Marq. Cuánto me alegro!

Maur. Qué, os disgusta acaso su compañía?

Marq. No me disgusta, no; todos me favorecen demasiado; pero su amistad no es verdadera. (*Con amargura.*)

Maur. Ah señor! tal vez vuestra desconfianza carece de fundamento.

Marq. Tienes razon, merezco ser aborrecido de todo el mundo. (*Con alguna fuerza.*) Oh Dios! (4).

Cab. Détente, la amistad te lo manda. (5).

1 El Marqués sale cabizbajo, con los brazos cruzados, ó como mejor parezca, y va á asentarse junto á la mesa; suspira, abre un libro que se encuentra allí, y lo cierra inmediatamente. Durante la escena muda, el Caballero se habrá retirado mas al fondo para contemplarle.

2 Levantando por fin los ojos.

3 Tomándole la mano con interés.

4 Repara ahora en el Caballero, y hace algunos pasos como queriendo huir, diciendo á su tiempo la exclamacion.

5 Corriendo á él.

Marq. Ay amigo! (1).

Cab. Y qué! seré tambien para tí objeto de menosprecio? Cuándo acabo de llegar de un viage de mas de tres dias, solo para tener el gusto de abrazarte, tú me huyes! te importuna mi presencia?

Marq. Perdóname... compadéceme.... (2). soy desgraciado. La fortuna me persigue por todas partes. Solo en esta (3) ocasion me ha sido favorable, pues me ha conducido el amigo mas amado de mi corazon (4). Ya lo ves... he tenido que separarme de ella.

Cab. (*con nobleza.*) Y porque presumes que una muger te ha engañado, debes ya imaginar que no existe la virtud sobre la tierra? Porque se apagaron en tí los afectos del amor, debes tambien extinguir los de la amistad? Ah! no me lo esperaba de tí.

Marq. Repito que me perdones... tu amistad no puede dejar de serme grata; pero un terrible recuerdo.... una espantosa idea... (5) Sanmeran, soy el mas vil, el

1 Echándose á sus brazos. Un rato de silencio.
2 Con el mayor dolor. 3 Volviendo en sí.
4 Vuelve á abrazarle, y prosigue llorando.
5 Cogiéndole la mano con la mayor expresion, y con una voz algo baja que no pueda ser oido de Mauricio.

mas despreciable de los hombres: horrorízate... por delincuente que sea la Marquesa de Erneville, no puede serlo tanto como yo... fuí un asesino, un seductor, un perverso... Y aun tengo la osadía de quejarme? (1).

Maur. Mi presencia tal vez será importuna. Me (2) permitís que vaya á dar las órdenes correspondientes para complacer á tan apreciable huésped? Este cuarto que dá sobre el rio me parece el mas á propósito. Qué tal? sí; voy á disponerlo. El pobre Lefrance es tan viejo ya! Entre él y yo lo arreglaremos todo. A Dios padre.

ESCENA IV.

Dichos menos Mauricio.

Marq. Siéntate (3). Nada has sabido de mi delito?

1 Va á asentarse abatido al lado de la mesa. Mauricio habiendo conocido que se recatan de él, dice aparte.

2 Alto al Marqués. Luego le besa la mano, y parte corriendo por el foro.

3 Luego que el Marqués no oye hablar á Mauricio, levanta la cabeza para ver si ha salido; mete el pañuelo en la faltriquera, toma una silla, la presenta á Sanmeran, y le dice: *siéntate*, Sanmeran obedece, luego el Marqués va á cerrar la puerta del foro, vuelve, toma otra silla, siéntase al lado de Sanmeran, le toma la mano, y le dice con fuerza y prontitud.

Cab. Qué delito? tú me sorprendes (1).
Marq. Cuánto tiempo hace que has vuelto de tu viage?
Cab. Cuatro meses cumplidos.
Marq. Cuatro meses! con qué tan oculto permanece! Y en París que se dice de Paulina?
Cab. Hay quien la pinta con los mas negros colores; pero generalmente la creen inocente.
Marq. (*muy fuerte.*) Inocente!... si asi fuera, yo moriria de desesperacion. Y á mí como me tratan? (*Siempre con ansia.*)
Cab. De furioso y desconfiado los que defienden á Paulina; pero de indulgente y compasivo, los que la acusan.
Marq. Y tú qué dices?
Cab. Yo la defiendo.
Marq. Tu la defiendes?... por qué motivo? Dime lo que sabes; no me ocultes cosa alguna. (*Acercando la silla.*)
Cab. Yo... nada...
Marq. Dime lo que sabes... mira que estás en mi poder (*con voz terrible.*) Perdona, yo deliro (2). Sabes el motivo de nuestra separacion?

1 Fingiéndose admirado.
2 Volviendo en sí. Saca otra vez el pañuelo, y se enjuga las lagrimas. Prosigue con amor y dulzura.

Cab. Se cuenta con tanta variedad...

Marq. Sí... yo te conozco... eres mi amigo... tendrás valor para oirlo de mi boca?... me prometes callar?

Cab. Me ofendes.

Marq. Pues te horrorizarás... estoy cierto que te horrorizarás... Escucha (*pausa*)... Tu conocias la Marquesa de Erneville, tu celebrabas su virtud, tu envidiabas mi felicidad; su prudencia y su talento eran singulares: parecia que la naturaleza no podia haber reunido otra con tanta hermosura, tanta gracia y sensibilidad. Una muger de esta clase tan fina, tan delicada, no dudó atropellar las leyes del honor, convirtiendo la pura felicidad de su esposo en la mas áspera melancolía. Ya sabes como por asuntos de intereses, tuve que permanecer un año en París: durante mi ausencia las cartas de Paulina estaban llenas de sensibilidad y ternura; pero tan falsas y aleves como su corazon. El Duque de Rosmond, tan célebre por su alegre figura como por su libertinage, fue el objeto por quien atropelló su reputacion y la mia. Este hombre temerario pasó dos meses en una cabaña del vecino bosque, para trazar y combinar con Paulina una aventura que pudiese intro-

ducirle en el castillo, franqueándole las ocasiones que con ansia solicitaban. En efecto, ella misma no tuvo reparo en escribirme que el Duque de Rosmond pasando por estos alrededores, cayó desgraciadamente de su caballo; y que habiendo pedido socorro, la humanidad le obligaba á franqueárselo. Ocho dias, ocho dias de la mas infame correspondencia decidieron de mi felicidad... Sí, pronto la Marquesa no pudo encubrir el fruto de sus torpes demasías; ya no gustaba de nada, y perdia insensiblemente la salud. Acércase por fin el momento terrible para ella, en que debia comparecer delincuente á la vista de los hombres; entonces me escribe una carta la mas amorosa que he recibido de su mano, llora los males de la ausencia, me manifiesta deseos de ver á París, y concluye pidiéndome el permiso de venir á encontrarme. Yo ignorante de su pérfida intencion, se lo otorgo todo, le indico mi morada en el arrabal de San Germán, y me preparo con júbilo á recibirla... Ella... sí, salió efectivamente; pero en vez de dirigirse á mi posada, se encaminó á la fonda de la estrella. Todo esto es cierto: todo está probado exactamente. Ansioso en-

tonces de su destino, paso ocho dias entregado á la mas viva inquietud, hasta que enteramente determinado, monto á caballo, y me dirijo á Erneville... Aquí se despedaza mi corazon al enterarse de tan funestas noticias, furioso, desesperado, determino aguardarla para echarla en rostro su depravada conducta; pero juzga de mi sorpresa al verla venir al cabo de cinco dias con una reciennacida. Este espectáculo corrió enteramente el velo á su iniquidad, y á su vista hubiera completado mi venganza... pero un cruel secreto, un infame delito, de que era responsable yo mismo á la Marquesa, detuvieron el golpe, y me presentaron mi desgracia como digno castigo de la barbarie que yo habia cometido.

Cab. O Dios mio! Puede verse mas calumniada la inocencia, y pueden las apariencias reunirse mas contra ella! (1) Pero qué disculpa pudo dar entonces la Marquesa?

Marq. Qué disculpa? La mas ridícula, la mas extravagante. Quiso hacerme creer que antes de entrar en París, un criado mio (que efectivamente desapareció) la dijo que yo habia salido por ocho dias, que me esperase en la fonda de la Estre-

1 Aparte, y luego al Marqués.

lla; que allí una noche, sin saber cómo, se encontró dentro de un armario una niña con un papel de su incógnita madre suplicándola que cuidase de su existencia... en fin, puerilidades. Cada palabra suya era un agudo puñal que traspasaba mi corazon, y en su semblante se veia pintada la turbacion y el delito. Dime ahora la verdad... soy desconfiado? soy injusto? la defiendes todavía?.. Ah! tu amistad no puede menos de hacerme justicia; pero (1) lo repito, mi desgracia no es casual, el mismo cielo la ha dispuesto para aterrarme... los remordimientos me destrozan el corazon, y acabarán con mi existencia... En París... allí dejé de ser virtuoso...allí me olvidé de mis deberes.. de la virtud... de la religion... no puedo mas... las lágrimas me ahogan las palabras... Este retrato le conoces?

Sacándole con prontitud.

Cab. Camila Dercís! qué es esto! (*Disimula.*)

Marq. Ella está en el sepulcro, y yo la seguiré dentro de poco. (*Con expresion.*)

Se oye un tiro dentro del teatro.

Cab. Ola! qué es esto?

Marq. D'Orgeval y el Caballero que vendrán seguramente de la caza. Siempre

1 Con el mayor sentimiento.

acostumbran descargar las escopetas antes de entrar en el castillo. A Dios amigo mio, no quiero encontrarme con estos atolondrados, despues, despues nos veremos (1).

ESCENA V.

Sanmeran solo.

Cab. Cuanto compadezco su situacion! pero cuan delicado es al mismo tiempo el papel que represento? Yo puedo en un instante desvanecer las penas de estos infelices esposos; pero es preciso aprovechar la ocasion favorable.

ESCENA VI.

Salen por el foro Orgeval y Celtas de cazadores con escopetas y zurron. Lefrance los sigue. Celtas corriendo al caballero.

Celt. Ola! Sanmeran amigo, cuanto siento que no hayais llegado un par de dias antes! confieso que os hubierais divertido en extremo. Por fin pudimos conseguir matar el lobo rabioso que habia atemorizado todas estas campiñas. Oh! las diversiones del campo no son tan brillantes como las de Paris; pero son mas alegres, mas meritorias... A propósito, qué

1 Vase por la izquierda despues de haber abierto la puerta del foro.

tal se trata á la incomparable Paulina? No han llegado por fin á convencerse de que su caridad y beneficencia eran una verdadera hipocresía? Lefrance, toma las escopetas y el zurron; hoy se ha hecho muy mala caza, pero paciencia: no siempre se matan lobos rabiosos (1).

Cab. Me admiro que trateis tan mal á la señora Marquesa, estando en la casa de su marido.

Celt. (*riendo.*) Con qué tambien sois su panegirista! Bravo. Querido d'Orgeval, si el caballero supiese lo que nosotros, defenderia á la Marquesa eh?(*con mister.*)

Orgev. Yo solo puedo decir que las mugeres no son capaces de cosa buena, una tengo por mi desgracia, y seré el hombre mas feliz el dia que el diablo se la lleve.

Celt. Y la Leocadia, qué tal? no la habeis visto todavía? (*Al Caballero.*)

Cab. Solo hace media hora que he llegado á Erneville.

Celt. Supongo que sabeis que habita con la Marquesa en casa de la Vordac... Oh amigo! la Leocadia es cosa buena, un bocadito excelente! (2) pero si vieseis que parecida al Duque de Rosmond... vaya,

1 Vase Lefrance por la izquierda.
2 Con toda malicia.

es cosa particular, pero á bien que... (1)
Cab. Insolente! dejad este discurso, ó vive Dios... (*con enojo.*)
Celt. Insolente á mí? sabeis que me llamo Celtas, y que soy tan caballero como vos? toma, toma, mucho empeño tomais por la Marquesa. D'Orgeval, apuesto á que viene comisionado del Duque de Rosmond para alguna nueva tentativa. (*ap. á Org.*)
Orgev. Sanmeran, (2) os advierto que aquí peligran mucho los que no dicen mal de las mugeres, pues desde que la mas virtuosa se empeñó en adoptar una Leocadia, el Marqués es su enemigo irreconciliable: con que si vos os empeñais en alabarlas, no saldreis con la vuestra, porque el Marqués las maldice, y nosotros renegamos de ellas.
Cab. Yo solo he venido aquí para consolar á mi amigo, y extraño que permita en su alrededor sugetos de tan conocida malicia. (*con mucha seriedad, y vase foro.*)
Celt. (*riendo.*) Ah, ah, ah, malicia! no es malo el terminillo! Pero d'Orgeval, ahora que me acuerdo, sabes que hemos sido verdaderamente insultados?
Orgev. Insultados! por qué? por que nos

1 Riendo.
2 Acercándosele con cachaza.

ha llamado insolentes y maliciosos? ya, ya vendrá el tiempo en que él mismo confesará la verdad.

Celt. La verdad! sobre qué?

Orgev. Sobre que el mas aficionado á las mugeres, tarde ó temprano le toca tambien su desengaño.

Celt. Tan malas son?

Orgev. Como la peste, que acaba con cuanto se le acerca. (*Vanse por la izquierd.*)

FIN DEL ACTO.

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Celtas y Orgeval con casaca y sombrero. Celtas asomándose á la ventana.

Celt. Gran novedad, amigo mio; ven, y verás lo que te sorprenderá.

Orgev. Qué, qué hay de nuevo? (*asomándose á la ventana.*)

Celt. Mira quién ha salido ahora del coche, y quien se adelanta al castillo!

Orgev. Qué veo! no es Paulina?

Celt. La misma. Qué tal, eh? si Sanmeran querrá ser su reconciliador? Él demuestra mucho afecto á Paulina... yo he pen-

sado... Quién sabe?... su viage... pero... qué? no señor, la semejanza de Leocadia con el Duque de Rosmond lo desvanece todo.

Orgev. Y qué papel desempeñaremos delante de Paulina? Sanmeran la habrá prevenido contra nosotros. En cuanto á mí lo siento, porque siendo su pariente...

Celt. Y presumes acaso que el Marqués querrá escucharla? Yo apuesto á que se vuelve sin haber logrado su designio. Bueno fuera que cuanto hemos hecho nosotros, destruyera con cuatro lágrimas fingidas que le movieran á compasion.

Orgev. Dices bien, bastante motivo tiene para despreciar todo artificio mugeril; pero aquí llegan, yo me escurro por lo que puede suceder. (*Vase izquierda.*)

Celt. Espera Orgeval, espera. (*corre tras él.*)

ESCENA II.

Salen por el foro Sanmeran de militar, y Paulina, Mauricio y Leocadia.

Maur. Ah madre mia! qué satisfaccion experimento al veros aquí!

Paul. Y yo, hijo mio, y yo... pero conviene ahora que nos dejeis solos con el Caballero.

Cab. Este es mi aposento (1). Entraos en él con Leocadia, y esperad allí nuestras órdenes. Qué tal, querida Marquesita, no hemos llegado bien pronto? pero qué es esto! vos llorais?

Paul. La presencia de estos amados objetos que me recuerdan los deliciosos dias en que merecia la confianza y el amor de mi esposo, no puede menos de afligir mi corazon. Trece años hace que la calumnia se desplomó sobre mí, y otros tantos que la tristeza se apoderó de mi alma. Separada del hombre que mas amo en el mundo, aborrecida, reputada por infiel, no tengo mas recurso que la soledad y el llanto. Aquí en este mismo salon me condujeron herido y ensangrentado á ese Duque de Rosmond, primer orígen de todas mis desventuras. Ah! si en aquel fatal instante hubiese desconocido la compasion y la humanidad, si mi corazon no hubiese sido tan sensible, yo disfrutaría todavia del aprecio universal. Le dí acogida, procuré que se le tratara conforme á su clase, y este acto tan justo é inocente, bastó para que se dudara de mi honor, que siempre (sí, lo

1 Señalando el segundo de la derecha, y Mauricio y Leocadia entran en él.

juro delante del cielo y de los hombres) se ha conservado ileso y sin mancha.

Cab. Dejémonos ahora de tristes memorias, y procuremos solamente buscar medios los mas seguros que puedan contribuir á vuestra dicha. Yo os he conducido aquí con la esperanza de que podreis hablar á vuestro esposo para consultarle un enlace que por sí solo puede desvanecer sus sospechas.

Paul. Ah Sanmeran! vos acabais de proponerme una idea que muchas veces he querido poner en egecucion; pero la dificultad de presentarme al Marqués, la corta edad de los muchachos...

Cab. Qué edad tiene Mauricio?

Paul. Diez y siete años cumplidos.

Cab. Y Leocadia?

Paul. Cerca de trece.

Cab. Y bien, qué importa? Si el Marqués nos dá su consentimiento, se efectua el matrimonio, se envia despues á Mauricio á viajar dos ó tres años, y entre tanto vuestra opinion queda restablecida. La calumnia publíca que Leocadia es hija vuestra, nadie ignora que Mauricio lo es tambien. Quién será capaz de creer que autoriceis la union de dos hermanos? Entrad tambien en mi aposento, que yo me

encargo de que vuestro esposo os oiga.

Paul. Ah Sanmeran, cuánto tengo que agradeceros! (*Entra Paulina en el aposento: Sanmeran la acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA III.

El Caballero Sanmeran.

Cab. Le hablará, sí, le hablará. Poco hace me ha dicho en el ardor de su entusiasmo: ,,si ella está inocente, yo no moriria de desesperacion." Luego no está bien convencido de su delito. Que le hable, que escuche la proposicion de la misma boca de su esposa; y si lo rehusa, si se obstina en no escucharla, yo me encargaré de la comision, y feliz mil veces si restablezco la paz en el seno de esta familia. Lefrance?

ESCENA IV.

Lefrance y dicho.

Lefr. Señor, habeis llamado?

Cab. Sí, Lefrance; dónde se halla ahora tu amo?

Lefr. Retirado como suele en su aposento.

Cab. Ve, y dile de mi parte que me interesa mucho hablarle ahora mismo (1).

1 Lefrance hace algunos pasos.

Aguarda. Celtas y d'Orgeval están en el castillo?

Lefr. Luego que habeis entrado con la señora Marquesa por la puerta principal, ellos han salido por la del jardin.

Cab. Tanto mejor: egecuta lo que (1) mando. Escribamos entre tanto (2) para cumplir mis encargos con toda exactitud.

,,Creo que esta noche... podreis sa-
,,tisfacer vuestros deseos... hallaos á las
,,diez en punto á la entrada del bosque-
,,cillo, que yo ó Lefrance os introdu-
,,cirán aquí.

ESCENA V.

Vuelve Lefrance, y él cierra la carta.

Y bien, qué te ha dicho?

Lefr. Que viene al instante.

Cab. Toma ahora este papel, y cuida llegue á su destino. Entiendes? (*con mist.*)

Lefr. Ya, ya; no faltaré á la comision.

Vase foro.

Cab. Este buen hombre me sirve con tanto celo y eficacia... pero el Marques.

1 Vase Lefrance por la izquierda.

2 Con bastante pausa. Acércase á la mesa, y va él mismo dictando y escribiendo.

ESCENA VI.

El Marqués y dicho. El Marqués saldrá algo mas alentado, pero siempre triste y discursivo.

Marq. Querido amigo, vengo á ponerme á tus órdenes. Lefrance me ha dicho que me buscabas.

Cab. En efecto: solo quiero saber de tí si aquella amistad, de que me has dado tantas pruebas, podrá en ningun tiempo disolverse. Una persona que merece mi estimacion, tiene que confiarte un asunto de importancia: solo exijo de tí que la escuches sin preocuparte, y que reflexiones lo que te proponga.

Marq. Ya sabes que nunca he sabido negarte cosa alguna. Yo te prometo favorecer á ese sugeto en cuanto esté de mi parte, como no me hable de Paulina, ni del Duque de Rosmond.

Cab. De Paulina! pues qué tanto la aborreces?

Marq. No, no la aborrezco; te juro que no la aborrezco; pero su delito...

Cab. Qué delito? Si tu ó ella habeis cometido alguno, bastante ha quedado expiado por el arrepentimiento. En fin tú has de prometerme escucharle, aun cuando te hable de Paulina.

Marq. (*con enojo.*) Y quién es el temerario que con tanto ahinco quiere llenar mi pecho de nuevas inquietudes? Mi melancolía me ha conducido á la orilla del sepulcro, y todavía quieren aumentármela? Quieren que aborrezca los mismos lazos de la amistad? Dime quién es, y me aparto de él, y quiza de tí para siempre.

Cab. (*resentido.*) Y de mí? tú quieres apartarte de mí? Vete, vete, pues, hombre débil y preocupado! Cuando me desvelo por tu felicidad, cuando procuro terminar tus males, tú me insultas y aborreces mi presencia? Marqués, mañana por la mañana me vuelvo á París; perdona del breve instante que he venido á incomodarte, y sabe que Sanmerán ya murió para tí. (*resuelto, y hace alg. pasos.*)

Marq. Aguarda, querido amigo, aguarda; conozco mi delirio... Qué es lo que pretendes?... habla. (*corriendo á él con voz ahogada.*)

Cab. (*con firmeza.*) Qué es lo que pretendo? un sacrificio costoso para tí, pero un sacrificio que te pide la amistad, y que debes á tu propio honor. Sí, ya debo decirte la verdad: el sugeto que desea hablarte, y por quien me intereso, es:::-

Marq. Quién? (*con ansia.*)

Cab. Tú misma esposa.
Marq. Oh Dios! qué es lo que dices?
Cab. Yo se lo he prometido: ó permite que te hable, ó declárate abiertamente mi enemigo.
Marq. Ah Sanmeran! conoces lo que me has pedido? cómo tendré yo valor de escuchar sus quejas? cómo le dirigiré las mias?... no es posible. Siete años hace que su respetable madre quiso hacer la misma tentativa. Pero cuando la dulzura de su voz, cuando la fuerza de sus expresiones inclinaban mi pecho á perdonarla, la imágen del Duque de Rosmond se presentaba á mi memoria, y solo veia en ella una muger indigna de estar á mi lado. Por otra parte, la dificultad de venir ocultamente á mi castillo...
Cab. Esta dificultad queda vencida: la Marquesa se halla aquí, y está aguardando tus órdenes.
Marq. La Marquesa aquí! Oh Dios!... Sanmeran, tú no me aprecias, pues me preparas un golpe que seguramente no podré resistir; pero en fin, tú me lo ruegas?
Cab. Si amigo, con toda mi alma.
Marq. Venga pues; yo consagraré á tu amistad estas amargas lágrimas que me arranca su memoria, y que aumentará

su presencia; pero no me obligues con otra sorpresa á que desprecie á los hombres, abandonando para siempre su importuna compañía (1).

Cab. Salid: aquí está; valeos de toda la razon que os acompaña para hacerle consentir, y acordaos que en esto consiste vuestra felicidad. (*Entra en el gabinete.*)

ESCENA VII.

Un rato de silencio. Paulina y el Marqués.

Paul. Oh Dios! (2) Qué frio sudor se apodera de mí! Cuasi no puedo dar un paso adelante ni atras.

Marq. Paulina... eres tú? (3)

Paul. Sí, yo soy la que postrada á tus plantas, te suplica que te dignes escucharme siquiera por última vez.

Marq. Levanta, desgraciada muger; no debes humillarte tanto en mi presencia (4). Yo he prometido escucharte, qué me quieres?

1 Va á asentarse penetrado del mas profundo dolor. Sanmeran se dirige al aposento, y sale dando la mano á Paulina, á quien dice.

2 Acercándose pausadamente.

3 Levantando la cabeza, dice con voz ahogada, y con toda la fuerza del sentimiento.

4 Algo mas sereno, presentándole una silla, y tomando otra para sí. Se habrán sentado á una dis-

Paul. Qué confieses mi inocencia, aprobando un proyecto que va á sacarte de tu error.
Marq. Paulina... por Dios, no suscites memorias funestas que solo conseguirán hacer mas amarga nuestra separacion.
Paul. Con qué persistes aun (1) en tú opinion? no quieres abandonar tus injustas sospechas? sospeché yo acaso de tí cuando en lugar de volver al cabo de seis semanas, pasaste catorce meses en París? Y cuando se aseguraba que los asuntos de que estabas encargado podian terminarse en quince dias, hice caso de las apariencias?.. Las apariencias! pues qué! mi carácter, mis sentimientos, mi vida entera no merecen atencion alguna? tú eres magistrado, respóndeme, tú te atreverías á condenar sobre las mas fuertes apariencias al mas ínfimo delos hombres? no seguramente. Y con todo, condenas á tu esposa, á tu amiga, á tu hermana? Mas severo mil veces que la misma ley, has extendidó mi sentencia sin oir siquiera mis disculpas.
Marq. Paulina... no profundicemos mas este asunto... dime á lo que vienes, y

tancià regular, y el Marqués tendrá siempre los ojos fijos en el suelo. 1 Con nobleza.

concluyamos... Estoy bien cierto (y ojalá que no lo estuviera tanto) que una alma nacida para la virtud puede desviarse. Esto es un hecho que merece la pública compasion; pero encubrir un delito con el velo de la beneficencia.. (*con rigidez.*)

Paul. Y qué! tú me crees capaz de tal bajeza? Yo!... yo esconder un crímen bajo el aparato de la virtud! Unir al mas culpable extravío la mas horrible mentira, y la mas refinada hipocresía! Yo presentar á un esposo el fruto de un adulterio, proponerle su adopcion, y haber tramado y combinado durante un año este tegido de perfidias y de imposturas!... Ay Alberto! Renunciando á la equidad, haciéndote ingrato, tú lo has perdido todo, todo, hasta las luces de tu espíritu. Imaginas que si yo hubiese cometido todos estos horrores, tendria la debilidad de esperar el perdon?

Marq. Si tanto te ha interesado el justificarte, si es verdad que tanto aprecias tu opinion y la mia, cómo siempre has rehusado entregarme tu Leocadia? Yo la hubiera abandonado enteramente, para que el mundo conociese que deshaciéndote de ella, no podia interesarme su buena ó mala suerte.

Paul. Si tu designio es el de completar mi dolor y arrebatarme todo mi consuelo, nada tengo que decirte, te obedeceré; pero si me pides este sacrificio para restaurar mi opinion, dígnate considerar que es absolutamente inútil. La publicidad está hecha, y el quererme separar de Leocadia, no haria mas que confirmar la calumnia. Oh Alberto!... Oh tú que hacias mi gloria, cómo puedes sospecharme sin envilecerte? (1) Yo adoptaba todas tus opiniones, mis gustos eran los tuyos, destruida esta amable simpatía, solo encuentro en mi una espantosa nulidad. Qué sentimiento podrá igualar al que tenia destinado para tí! seguridad querida! sublime y deliciosa confianza! dulce encanto de la santa amistad! con qué os habré perdido para siempre? es posible, Alberto?... Ya no podré abrirte mas mi corazon? ya no leerás mas en él? El cielo es justo; tú conocerás algun dia tu error; pero qué triunfo será este para quien funda su felicidad en admirarte, y todo su orgullo en creerte incapaz de una injusticia? Esto es hecho, tú acabaste de ser feliz, y yo perdí toda esperanza de consuelo.

1 Va tomando el lenguage de la sensibilidad.

Marq. Basta, Paulina, basta; mi pecho sufre la mas violenta opresion... no puedo mas. A Dios... á Dios. (*Levantándose.*)

Paul. No, quédate (1); tú debes escucharme, pues que lo has prometido... Yo no he venido aquí para tener el gusto de interesar tu corazon á favor mio; si no como te he dicho, á proponerte una idea que no puede dejar de serte interesante. Alberto, dime la verdad, me crees capaz de cometer un atentado?

Marq. No, Paulina: conozco que el arrepentimiento está muy fijo en tu corazon.

Paul. Aunque á mi dolor no le correspondiese este título, con todo escucha. La providencia me concede en fin un medio seguro de justificarme; no aprovecharme de él, seria una locura culpable é incomprensible. Leocadia tiene cerca de trece años; todo el mundo conoce su mérito y hermosura; yo te la ofrezco para Mauricio.

Marq. Para Mauricio! Esto es sueño, Paulina? (*Mirándola con enojo.*)

Paul. No, no te admires. Si alguna cosa podia disminuir mi afecto, era conocerte un modo de pensar diferente del mio en esta ocasion. (*Decidida.*)

1 Levantándose y deteniéndole.

Marq. Paulina... en efecto, este enlace confundiria la malicia... (1) confieso que lo presenciaria con gusto... pero (2) seguramente no se efectuará... ya conozco que tú harás todos los esfuerzos posibles.. (3) pero cuando todo estará conforme á vuestros deseos... una inesperada dificultad vendrá á desvanecer nuestra esperanza... y en tal caso, sí, yo te lo pregunto á tí misma, qué podria imaginar? no adquiriria el derecho de creerme indignamente burlado sin ninguna necesidad? (4)

Paul. Infeliz! Ahora si que conozco que tu corazon me está cerrado para siempre. Esta terrible desconfianza me irrita y me confunde; pero en fin, me concedes adelantar el asunto?

Marq. Sí, haz todo lo que quieras sobre este particular. Si consigues verificar este enlace, cuenta que te creeré con toda el alma inocente; pero si llega, como creo, algun obstáculo imprevisto, yo te acreditaré que no quiero ser objeto de la risa universal. A Dios (5).

Paul. Espera, espera, Alberto, yo te pro-

1 Aparentando dulzura. 2 Con amargura.
3 Sonrisa.
4 Con toda seriedad.
5 Con toda la seriedad posible, y vase izquierda.

meto... Oh Dios! que aprobacion tan amarga y peligrosa! No hay remedio, es preciso apresurarlo; hablaré á Mauricio; hablaré á Leocadia; les interesaré á favor de mi inocencia, y volveré á disfrutar de la dicha que perdí.

ESCENA VIII.

Paulina y sale Sanmeran de su aposento.

Paul. Sanmeran, seguidme: el tiempo es precioso, no perdamos un instante.

Vanse por el foro.

FIN DEL ACTO.

xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Obscuro. El Caballero solo.

Cab. Ya parece que todo queda sepultado en un profundo sueño. La quietud de la noche y la confidencia de Lefrance, van á facilitarte, oh desventurada madre! ver el fruto de tu momentáneo error. Solo el Marqués ha quedado leyendo en el cuarto de la biblioteca, y debe pasar precisamente por aquí; pero sino me engaño, alguno se adelantá ya... es Lefrance?

ESCENA II.

Dicho, Lefrance que sale dando la mano á la Condesa de Rosmond.

Lefr. Sí, yo soy. Seguidme, señora mia, y nada temais.

Cond. Me pongo enteramente en vuestras manos.

Lefr. Caballero, cuidad de ella, que yo me vuelvo por lo que puede suceder. (*V. f.*)

Cond. Con qué podré conseguir mi deseo? podré contemplar á toda mi satisfaccion al amable objeto de mi eterno vilipendio?

Cab. Por mi consejo se determinó que Leocadia durmiese con Jacinta en este aposento (1). Aprovechad estos preciosos instantes... la puerta está entreabierta... Jacinta ha dejado, por precaucion, encendida la luz. Entrad, señora, y entregaos sin temor á todo el afecto maternal.

Cond. O corazon de madre! verdadero portento de la naturaleza! A tí te consagro las dulces sensaciones que voy á experimentar. Oh suspirado instante, jamás, jamás te borrarás de mi memoria!

Cab. Yo cuidaré de avisaros si acaso os amenaza algun peligro (2).

1 Señalando al primero de la derecha.
2 Entra la Condesa en el cuarto primero.

ESCENA III.

Caballero, y Lefrance sale precipitado.

Lefr. Señor, pronto retiraos: el Marqués ha dejado la lectura, y parece que se dirige hácia aquí; no demos lugar á que nos halle á obscuras en el salon.

Cab. Entra conmigo en mi aposento, y no temas. (*V. al aposento 2.º de la derecha.*)

ESCENA IV.

El Marqués con la luz por la puerta del foro: el teatro por esto no se aclara. Despues de un rato de silencio.

Marq. En estas horas de quietud y silencio, en que la naturaleza toda parece estar sumergida en el caos de la nada, es cuando el gusano roedor de la conciencia introduce su terrible aguijon, haciendo llegar al alma su pestífero veneno. El mísero jornalero que con el sudor de su rostro riega el negro pan que ofrece á sus hambrientos hijos; el infeliz mendigante, que confia con la compasion de sus hermanos para existir el dia siguiente, y hasta el esclavo, que la barbarie de los hombres ha igualado á las fieras; todos en estas horas descansan con tranquilidad: el sueño, hermano de la muerte, se extiende desde la cueva del solitario

hasta el trono del Emperador... pero yo.. infeliz! condenado al eterno recuerdo de mi extravío, si alguna vez cierro los ojos pagando el tributo á la naturaleza, mil espantosas imágenes vienen de tropel á perturbar mi sosiego... Camila!.. Paulina!.. todo me confunde, todo me llena de sobresalto... Oh sepulcro!.. losa fria!.. feliz término de los males de los hombres! El mundo no te aborrece... pero el delincuente arrepentido te desea con toda el alma.

Leocad. Oh Dios!... quién sois vos? apartaos. (*De dentro de su aposento.*)

Cond. No temas: soy quien desea tu mayor felicidad. (*Dentro.*)

Marq. (*confuso.*) Cielos!... qué es esto!... qué confusos acentos han llegado á mis oidos!... yo no se lo que me pasa!... la voz del remordimiento imitando, sin duda, la de Camila viene á penetrar en el fondo de mi corazon... pero no, no es esto una apariencia... (1) Yo oí distintamente hablar en el cuarto de Leocadia. No hay remedio (2), yo quiero ver quien se atreve á penetrar sin mi permiso en lo interior del castillo.

1 Sumamente conmovido.
2 Resuelto.

ESCENA V.

Toma la luz, y cuando va á introducirse en el cuarto de Leocadia, sale repentinamente la Condesa, y dice con imperio.

Cond. Detente, donde vas?

Marq. Oh Dios! (1)

Cond. He aquí el hombre que mi corazon habia elegido... he aquí el tirano de mi honor.... el seductor de mi inocencia.... El cielo te ha castigado como merecias, pueda de aquí en adelante perdonarte como yo deseo. Caballero, Caballero (2).

ESCENA VI.

Dichos, el Caballero y Lefrance con luz.

Cab. Señora, qué novedad es esta?

Cond. Socorred á Erneville... una imprevista casualidad lo ha descubierto todo... os aguardo ála entrada del bosquecillo (3).

Cab. Amigo Alberto...

Lefr. Querido amo...

Cab. Apenas respira... ayúdame á colocarle en el sofá, y llama á alguno en su socor-

1 Con un grito espantoso. Deja caer la luz, y cae él mismo desmayado en tierra. La Condesa lo detiene en sus brazos. Un rato de silencio.

2 Llamando.

3 Coloca al Marqués en los brazos del Caballero, y parte por el foro.

ro (1). Ya parece que va cobrando aliento... querido Erneville...

Marq. Donde está?... donde está?.. Cielos! Donde me esconderé? (*como fuera de sí.*)

Cab. Por qué!... como!...

Marq. Sí, yo la he visto, yo la he visto... ella ha salido del sepulcro para llenarme de maldiciones.

Cab. Pero quién? (*Disimulando.*)

Marq. Camila... (2) la desventurada Camila! No lo dudes; yo la he visto, yo la he oido hablar. Quién la habria introducido en el cuarto de Leocadia? Pronto (3), Sanmeran, ella debe estar precisamente en el castillo... acompáñame... registrémoslo todo... salgamos de esta terrible duda que agita mi alma y trastorna mi corazon.

Cab. Basta. Infeliz amigo! (4) sosiégate, ya ha llegado el terrible instante de las verdades; pero tu corazon no se halla ahora en estado de recibir nuevos golpes... fingí ignorar tu delito... todo lo sé... Mañana á las siete y media, cuando tu espíritu estará mas sosegado, se rasgará el velo fatal que cubre tus ojos: verás que la mu-

1 Lo egecutan, y luego parte Lefrance por la izquierda.
2 Siempre del mismo modo.
3 Levantándose. 4 Con mucha seriedad.

ger que se ha presentado á tu vista es la misma que seduciste en París; pero no aquella Camila Dercy que viste enterrar en la iglesia de San Dionisio. Todo es un arcano que ofrezco revelarte si tu me prometes oirlo con seriedad. Vete á descansar, y cuenta por acabadas todas tus dasgracias.

Marq. Ah! ojalá!

ESCENA VII.

Dichos, Lefrance, Celtas y Orgeval, estos con batas, y todos con luz.

Celt. Toma! buen desmayo! sí, Lefrance ha querido divertirse con nosotros. (*Ap.*)

Orgev. Querido Marqués... ya ves con cuanta prontitud hemos acudido... qué es esto? te ha sucedido alguna novedad?

Cab. Señores, no ha sido nada: nuestro amigo encaminándose á su cuarto ha tropezado, y creía haberse dañado mucho. El buen Lefrance movido de su zelo os habrá dado la molestia de acudir á su socorro; pero gracias al cielo no se necesita.

Celt. Pero á qué viene tanta inquietud? Caballero aquí hay algun misterio que nos quereis ocultar: confiadnoslo, y entended que tambien somos capaces de guardar secreto.

Org. Oh! eso si; basta que esta cualidad sea

desconocida de las mugeres, para apreciarla con toda el alma. Decid, decid, qué hay de nuevo?

Celt. Vaya, apuesto á qué es alguna intriga de Paulina? mientras que ha vivido distante del castillo, siempre ha reinado la paz y tranquilidad; hoy que ha venido á habitar en él con su famosa hija adoptiva, ya el Marqués tropieza, y nosotros nos vemos incomodados sin necesidad. (*Riendo.*)

Marq. Basta (1). El que se atreva á decir mal de Paulina en mi presencia, no es mi amigo, ni puede merecer mi estimacion. Sígueme Sanmeran. (*V. izquierd.*)

Cab. La mordacidad (2) y la envidia pueden subsistir algun tiempo; pero cuando su imperio se acaba, sus secuaces perecen con ella. (*Vase izquierda.*)

Lefr. Caballeros (3), cuidado con meterse con Paulina; de lo contrario, aquí estoy yo. A Dios, señores. (*Vase foro.*)

Celt. Vaya, que hemos quedado lucidos.

Orgev. Y hasta el bribon del criado se ha divertido con nosotros! mañana por la mañana tomo mi caballo, y me alejo de Erneville para siempre.

1 Levantándose con seriedad.
2 Con la misma seriedad.
3 Afectando seriedad.

Celt. Lo mismo haré yo, ridiculizando por todo el mundo esta aventura. A la una y media de la noche! Despues de tantos años de separacion tropezar un marido, y defender á la que habia llenado tantas veces de injurias!... Amigo, la cuenta es clara... El rígido Marqués!... Bueno!... Cumplamos nuestro gusto, como dice el otro, y diga despues el mundo lo que quisiere. (*Riendo.*)

Org. Este es un verdadero agravio á nuestro sexo, y es autorizar que las mugeres se diviertan con nuestra opinion. No señor, si han delinquido, que mueran: asi queda el hombre tranquilo en su honor, y libre de incomodidad.

Celt. Y ahora que hemos de hacer?

Orgev. Retirarnos, y no responder aunque nos caiga la casa encima... Ah mugeres! si yo fuera vuestro juez, la pena de muerte seria mi sentencia favorita. (*V. izq.*)

FIN DEL ACTO.

xxxxxxxxxxxxxxx xxxxxxxxxxxxxxxxxxxxxx

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

El Marqués solo.

Marq. Por fin estoy desembarazado de Cel-

tas y d'Orgeval: su presencia empezaba á incomodarme; pero el secreto que prometió declararme mi amigo me tiene en una contínua agitacion. Las siete (1). Dentro de media hora voy á salir de este misterio de que pende el destino de mi vida. Media hora!... no, yo no puedo aguardarla. Lefrance. (*Llama con la campan.*)

ESCENA II.

Lefrance y dicho.

Lefr. Señor.

Marq. Dí á la Marquesa de mi parte que permita venir á Leocadia sola por un instante.

Lefr. Cuán pensativo está! no es el caso para menos. (*V. 1.ª puerta derecha.*)

Marq. Puede que esté ya prevenida; pero la inocencia no está acostumbrada al disimulo, y será muy fácil averiguar la verdad.

ESCENA III.

Dicho y Leocadia que se presenta algo temerosa, y Lefrance que parte.

Marq. Cuánto ha crecido en pocos años! (2) Venid adelante, querida Leocadia (3), no temais. Sin duda os habrán pintado al

1 Sacando el relox.
2 Observándola, 3 Con dulzura.

Marqués de Erneville como un hombre taciturno y feroz; pero sabed que nadie hay en el mundo que mas os compadezca y desee vuestra felicidad.

Leoc. Señor (1), vuestra bondad se me habia ya pintado como incomparable y divina; pero la presente acogida la hace mas recomendable á mis ojos.

Marq. Por vuestra modestia y discrecion, conozco que las discípulas de Paulina no pueden dejar de ser corteses é interesantes.

Leoc. Oh! eso si: mi mamá es tan buena.. (2) tan cariñosa!... me quiere tanto!... Parece imposible que se vea despreciada de su querido esposo.

Marq. Vuestra mamá!... Cómo la tratais así? Perdonad que os diga que sois injusta. Señorita, este precioso título solo debeis franquearlo á aquella que aprovechándose del silencio de la noche, os hace disfrutar de las maternales caricias. Qué! os turbais? mirad que no puedo engañarme. Se que lo habeis confiado todo á Paulina y al Caballero Saumeran; no creo que merezca ser excluido de igual confianza.

Leoc. Oh eso no! tambien os lo diré todo,

1 Corriendo á besarle la mano.
2 Con prontitud.

todo, con tal que me prometais no tratar con tanto rigor á mi pobre mamá... Pobrecita! si vieseis cómo llora cada vez que se trata de su querido Alberto! Oh! os aprecia mucho, mucho...

Marq. Basta: haré por ella cuanto pueda, sin ofender al decoro.

Leoc. Pues escuchad. No estaba todavía bien rendida al sueño, cuando repentinamente observo que me aprietan con fervor la mano. Un beso se imprime sobre mis megillas, y siento caer sobre mi desnudo pecho algunas lágrimas. Abro los ojos, y viendo á una persona desconocida, exclamo: „oh Dios! quién sois vos? apartaos." Tranquilízate, responde, soy quien desea tu mayor felicidad: se acerca, y observo la hermosura mas perfecta que he visto en mi vida; yo no me saciaba de mirarla, me abraza de nuevo, y parte corriendo, metiéndome en el dedo este anillo. Miradlo. (*Se lo dá*)

Marq. (1) Parece de oro esmaltado de verde. Amór maternal, dice; y en lo interior estan escritos dos nombres que no parecen forman mas que uno: Paulina y Camila.

Leoc. De esta suerte mi incógnita madre ha

1 Observándolo con sobresalto.

reunido dos sentimientos que yo no puedo separar, y que llenan mi corazon sin dividirle: tan iguales y semejantes son!

Marq. Paulina y Camila! (1) todo esto es maravilloso; todo está fuera de la humana comprension. Y conoceriais vos á esta interesante persona si se os presentase su retrato? (*Alto.*)

Leoc. La tengo tan impresa en la memoria que me atreveré á deciros que sí.

Marq. Es esta? (*Sacando el retrato.*)

Leoc. En efecto, ella es: sus ojos, su fisonomía, todo es lo mismo. (*Con transp.*)

ESCENA IV.

Mientras Leocadia da muchos besos al retrato, sale el Caballero precipitado, se lo quita, lo entrega al Marqués, y dice con seriedad.

Cab. Toma, Alberto; estoy pronto á cumplir mi palabra. Sentaos, y esperad (2).

Marq. Cielos! mi corazon late, y no comprendo el motivo. (*Aparte.*)

Cab. Salid (3), hermosa y desgraciada muger, salid á recibir el premio que merece vuestra constancia, y preparaos al triunfo mas brillante y completo.

1 Devolviéndole el anillo confuso dice aparte.
2 Siéntanse el Marqués y Leocadia.
3 Encaminándose á la puerta de la izquierda.

Marq. Paulina! Yo no se lo que me pasa. (*Aparte.*)

ESCENA V.

Dichos y Paulina que se presenta con aire abatido.

Cab. Ya está aquí la inocente perseguida, blanco de la calumnia, y objeto de la compasion universal.

Marq. Qué dices? habla... (*Con prontitud.*)

Cab. Sosiégate, y hazle todos los cargos que puedan imaginar tus infundados zelos. Pero no, comprendo que esto seria muy duro para tí. Yo me constituyo en este instante su fiscal y su abogado (1). Primeramente, tú la acusas de haber combinado con el Duque de Rosmond una aventura que pudiese introducirle en el castillo durante tu ausencia, y franquearles las ocasiones que supones solicitaban. Paulina te responde á esto por mi medio, manifestándote una carta que una persona respetable acaba de poner en mis manos: léela, y desengáñate.

Se la dá.

Marq. (*lee.*) ,,Al Marqués de Poliñí. Bos- ,,que de Erneville 24 de Diciembre. Ami- ,,go mio, nada he podido conseguir; me ,,introduge en el castillo por el medio

(1) Todos se habrán sentado.

,,que te insinuaba en mi anterior; pero ,,Paulina, muger virtuosa y respetable, ,,no es susceptible á la seduccion. En su ,,pecho solo está grabada la piedad y el ,,amor de su esposo; me ha tratado con ,,todos los respetos que se deben á mi ,,elevada clase; pero asi como la luz di- ,,sipa las tinieblas, como la verdad des- ,,vanece el error, su virtud sublime pu- ,,rifica todo lo que la rodea. Lejos de con- ,,fiar en su conquista, me separo de ella ,,avergonzado de mis infames proyec- ,,tos. A Dios amigo mio, volaré á tus ,,brazos para disipar mi melancolía.=El ,,Duque de Rosmond."

Pero esto prueba...

Cab. Calla: tú la acusas de que habiéndote escrito la mas amorosa carta que recibiste de su mano, manifestándote deseos de ver á París, y habiéndola tú otorgado el permiso, señalándole tu morada en el arrabal de San Germán, se encaminase á la fonda de la Estrella. A esto la Marquesa te responde suplicándote que escuches con moderacion las voces de un anciano que puede declarar algo sobre el particular. Salid (1), buen hombre, no temais, yo me encargo de vuestro perdon.

1 Se dirige al segundo cuarto de la derecha.

ESCENA VI.

Dichos y Lemere que sale precipitado, y va á echarse á los pies del Marqués.

Lem. Señor, piedad...

Marq. Qué veo!... tú Lemere!... que quieres? de dónde vienes?... dónde has estado hasta ahora? habla.

Lem. Señor, piedad repito: soy delincuente, lo confieso, merezco el mas severo castigo; pero reconozco mi culpa, y no me levantaré de vuestras plantas hasta que me hayais mirado con ojos de compasion.

Marq. Levántate infeliz! Qué es lo que tienes que decirme?

Lem. Señor, seducido por el oro contribuí á vuestra desgracia separándoos de la virtuosa Paulina... Señora, dejad que imprima mil besos sobre esta mano bienhechora alivio de los infelices; yo la riego con lágrimas de arrepentimiento: y os juro sobre ella que practicaré hasta el último instante de mi vida aquella virtud que abandoné, y á la cual se debe la paz del alma, y el sentimiento lisonjero de una conciencia irreprensible.

Paul. Buen hombre, yo os perdono; pero informad al Marqués de este terrible suceso.

Lem. (*al Marq.*) Sí señor, una persona respetable que pronto conocereis, me ofreció considerables sumas si conseguia que Paulina al llegar á París se encaminase á la fonda de la estrella. Yo rendido ya al interes, salí de la ciudad el mismo dia de su llegada que supe por vos: la dije que habiais tenido que pasar á Fontenebló por ocho dias, y que yo mismo como criado vuestro tenía órden de esperaros en la fonda de la Estrella, y no en la del arrabal de San German que ya habiais abandonado. La Marquesa, que conocia mi carácter, y que estaba bien lejos de pensar que yo albergase en mi pecho una infame pasion, creyó fácilmente mis palabras; variamos el camino para no ser sorprendidos por vos en caso que hubieseis salido á recibirla, y la Marquesa se halló en la fonda de la Estrella esperando vuestro fingido retorno.

Cab. Aquí sucedieron aquellas puerilidades que tanto te irritan. Paulina efectivamente halló dentro de un armario á la interesante y misteriosa Leocadia. Un papel de su incógnita madre le suplicaba su adopcion. Paulina la aceptó; pero esto para que tú lo creas debe ser autorizado con muy irrefragables pruebas, pues de lo

contrario no lograremos desvanecer esa duda causa de vuestra separacion. Ven á mis brazos (1), fruto infeliz de una union culpable! tú conocerás los respetables mortales que te han dado el ser, y conociéndolos no te separarás de aquella honrada muger á quien debes la existencia. Marqués, tu agitacion es muy natural, te compadezco, pero tú eres el autor de tantos males. Sufre un momento por lo que has hecho sufrir á tu desventurada esposa.

Marq. Yo...

Cab. Tú, sí. Acuérdate de tus delitos. La misteriosa Leocadia, esta niña inocente que suponías hija del Duque de Rosmond y de Paulina... estremécete, es hija tuya.

Marq. Mi hija! (2)

Paul. Su hija!

Leoc. Mi Padre!

ESCENA VII.

Durante el silencio hijo de la admiracion, sale la Condesa del aposento de Sanmeran, es decir, del segundo de la derecha: su ves-

1 A Leocadia.

2 Paulina se habrá levantado de la silla mirando al Marqués con indignacion. Leocadia se habrá echado á los pies del Marqués, y este con sobresalto y convulsion aparente, la mira indeciso sin hacer expresion alguna de ternura.

tido será negro, y traerá el rostro cubierto con un velo blanco; se adelanta gravemente, y cuando estará en lugar proporcionado, dice:

Cond. Si, ya ha llegado el tiempo de justificar la inocencia. Me es imposible hacerlo sin descubrir dos extravíos. Yo sabré expiar el uno, y la felicidad de la virtuosa Paulina reparará el otro. Sabedlo todos. El padre de Leocadia es el Marqués de Erneville; su madre la Condesa de Rosmond (1).

Leoc. Madre mia... madre mia...

Cond. Sí, ven á mis brazos; paguemos ambas el tributo á la naturaleza, mezclando las lágrimas de ternura con las de mi arrepentimiento. Perdon (2), perdon, oh admirable y prodigiosa muger!... Yo he sido la que por un acto de venganza sembré la discordia en el seno de vuestra familia. Oidme, oidme todos, y queden para siempre desvanecidas estas dudas que á todos os tienen suspensos. Lemere, este antiguo criado vuestro, es hijo de París, y por desgracia su hermana Car-

1 A estas últimas palabras se quita el belo: el Marqués se cubre el rostro y se arroja confuso en una silla: Leocadia corre á la Condesa diciendo.

2 A Paulina.

lota fue mi ama de leche. Esta se grangeó la confianza de mi tia la Duquesa de Rosmond, bajo cuya custodia vivia yo entonces, y así cuasi todas las semanas se me concedia una hora para visitarla. Uno de estos dias infelices encontré en casa de Carlota al señor Marqués de Erneville, que seguramente se hallaría allí por algun asunto de su criado. La dulzura y expresion de su fisonomía, y mil gracias esparcidas sobre su persona cautivaron desde entonces mi corazon; y el Marqués por su parte me miraba con tan tierno interes que ya no podia dudar de la conquista que acababan de hacer mis ojos. Quién habia de presumir entonces que el lazo indisoluble le uniese á otra muger tan virtuosa y amable! Falso el Marqués, y lleno de ideas nada propias de su estado, apenas hube salido de la casa de Carlota, se informó de mi clase y estado; pero Carlota penetrando tal vez sus pérfidas ideas solo le dijo que me llamaba Camila; en efecto así me llamo. Encareció entonces mi hermosura, derramó el oro, y á fuerza de porfiar alcanzó de aquella desgraciada gente que se le avisase los dias que yo debería volver, y que se le diese en mi presencia el nombre de

Enrique de Elvás, jóven soltero natural de Borgoña. Cumpliéronlo aquellos infelices, y de esta suerte me arrastraron al precipicio en que me veo. El trato frecuente, la ocasion... todo se reunió para perderme, y un instante desgraciado me hizo madre... Permitid que mis lágrimas ahoguen mis palabras... Paulina está presente, y el fingido Enrique devorado de un profundo remordimiento lo escucha y tiembla... Por fin, abrí los ojos demasiado tarde... supe quien era mi seductor, le llené de maldiciones; y ocultándole el estado en que me habia puesto su delito, formé el bárbaro proyecto de vengarme en él y en su inocente familia... hice á Lemere y á su hermana de mi parte escribir varias cartas al Marqués siempre bajo el nombre de Camila Dercy, prima de Sanmeran, ya que por fortuna, y por efecto de respeto á mi ilustre familia, Carlota no le descubrió mi verdadero estado. Paulina vino á Paris; todo lo supe; hice que se dirigiese á la fonda de la Estrella; y por medio de una idea romancesca logré colocar en la casa del Marqués la hija de su dueño y de mi extravío. Cuánto me complacia el haber sembrado por este medio

su infelicidad! El bárbaro placer de la venganza ahogaba en mi corazon los gritos de la naturaleza que clamaban á favor de Paulina; pero Sanmeran (de cuya esposa me valí para favorecerme en mi desgracia) me presentó todo el horror de un enlace de dos hermanos, y me obliga á hablar. Dos casualidades se reunieron para esta ficcion, la primera el haber intentado mi hermano seducir á Paulina durante la ausencia del Marqués; la segunda el haber muerto cuatro años hace Camila Dercy, prima de Sanmeran, cuyo nombre usurpé: de suerte que el Marqués juzgándome en la sepultura, estaba bien lejos de creer que habia ofendido á la hermana de su ribal. Ved aquí pues, como la profunda sensibilidad puede hacer cometer un crímen, asi como puede inspirar una accion heroica. Las mas perfectas cualidades del alma pueden fácilmente conducir á los mas deplorables excesos: en este terrible caso me encuentro. Adoro la virtud, pero fue necesario un delito para conocer toda su belleza. Sí, amigos mios, la Condesa de Rosmond servirá de egemplo á las inocentes jóvenes que se dejan persuadir fácilmente del lenguage de la se-

duccion, y admiran un sabio ilustrado en el traidor amante que les señala el colmo de la constancia, en la anticipada ternura, en la desobediencia y en el delito. Monstruos abominables, temblad: pues si los hombres no destierran el veneno de vuestra doctrina, si no se fulmina el anatema contra vuestras impías máximas; vendrá el dia de comparecer ante el tribunal del Dios de las venganzas, allí no reina la parcialidad ni la intriga, allí encontraréis en cada víctima un terrible acusador; y allí en fin, en medio de feroces tormentos, maldecireis los instantes en que celebrasteis vuestros fatales triunfos gloriándoos de la impiedad, de la ireligion y de la impostura.

Marq. Oh muger incomparable! (1) yo debo pasar mi vida á tus pies... ya no me queda mas recurso que la desesperacion y la muerte.

Paul. Levanta, levanta querido Alberto á mis brazos: si estás satisfecho de mi conducta, yo soy la mas dichosa del universo.

Leoc. Querida mamá (2), mi corazon de aqui en adelante dividido entre dos objetos tan apreciables, ofrecerá votos al cie-

1 Echándose á los pies de Paulina con voz ahogada.

2 A Paulina.

lo para la felicidad de entrambos. Por la terneza que os he merecido, y por las lágrimas que derramo, dignaos perdonar mi respetable madre.

Paul. Si es verdad que el arrepentimiento borra hasta la menor sombra de delito, yo solo veo en la Condesa de Rosmond mi generosa libertadora. Abrazadme, y olvidemos enteramente lo pasado (1).

Cond. Ya he logrado mi designio; he restablecido la paz en el seno de esta virtuosa familia; he confundido la malicia de los envidiosos; ahora solo me queda merecer el perdon universal. Mañana sin falta alguna parto para Dijon (2). Allí expiaré mi culpa el resto de mi vida. No, no hay que replicarme; lo he resuelto, y es preciso. Á Dios (3), tierno pedazo de mi corazon; procura seguir siempre las pisadas de tu virtuosa mamá (4). Ella es quien te ha dado el ser plantando en tu alma inocente las primeras semillas de la virtud. Y vos (5), oh admirable y prodigiosa muger! permitid que regando vuestras plantas os confié de nuevo este

1 Abrazánse las dos.
2 Todos se admiran.
3 Con mucha ternura abraza á Leocadia.
4 Señalando á Paulina. 5 A Paulina.

precioso depósito que por tantos títulos debe interesaros; abrazadme, y conservad siempre la memoria de la infeliz Condesa de Rosmond. Virtuoso Sanmeran, vós que me habeis inspirado este proyecto presentándome todo el horror del enlace de Mauricio con Leocadia, á Dios para siempre... Y vos... (1) señor Marqués de Erneville... que veo oprimido por el mas cruel remordimiento... yo os perdono de todo mi corazon... solamente os suplico que si quereis obligarme... pidais continuamente perdon á Paulina del agravio que la hicimos. Basta... no puedo mas... las lágrimas me impiden la respiracion... A Dios... (2) A Dios... (3) A Dios. (*Vase foro.*)

Marq. Seguidla... detenedla.

Cab. Yo os lo prohibo.

Marq. Paulina!...

Paul. Querido Alberto!...

Abrazánse y cae el telon.

FIN DEL DRAMA.

1 Con los ojos fijos en tierra.

2 Abrazando á Leocadia.

3 Abrazando á Paulina. Hace algunos pasos, vuelve á mirar á Leocadia, y corre á abrazarla de nuevo, y dice.